

SANTA TERESA DE JESUS Y NUESTROS PROBLEMAS ACTUALES

El 15 de octubre de 1982, la Universidad del Salvador conmemoró el cuarto centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús en un emotivo acto que tuvo lugar en el aula magna de la Facultad de Ciencias Jurídicas.

Con tal motivo, nuestra Universidad tuvo el honor de recibir al Prof. Dr. Miguel Angel Battistessa, invitado especialmente a evocar la figura de la Santa.

A continuación se transcribe la versión abreviada de la Conferencia que el ilustre invitado pronunciara en esa ocasión:

Alguna vez lo he dicho, la razón cordial es la razón primera. En esta tarde teresiana, en que el cuerpo y el alma piden algún asueto, el sentimiento es lo que importa. Aun postulando el descanso, a veces nos mueve el apuro: desde luego, a mí me urge dar las gracias a la Rectora de la Universidad del Salvador. Para un profesor que llega a los sesenta años en la docencia decir "Rectora" —o "Rector"— conlleva un nítido significado reverencial, porque sin disciplina, deferencia y jerarquía no hay docencia que valga. Cuando la enseñanza no tiende a categorizar los

saberes propuestos, o a las personas que los organizan y los imparten, nada tiene sentido.

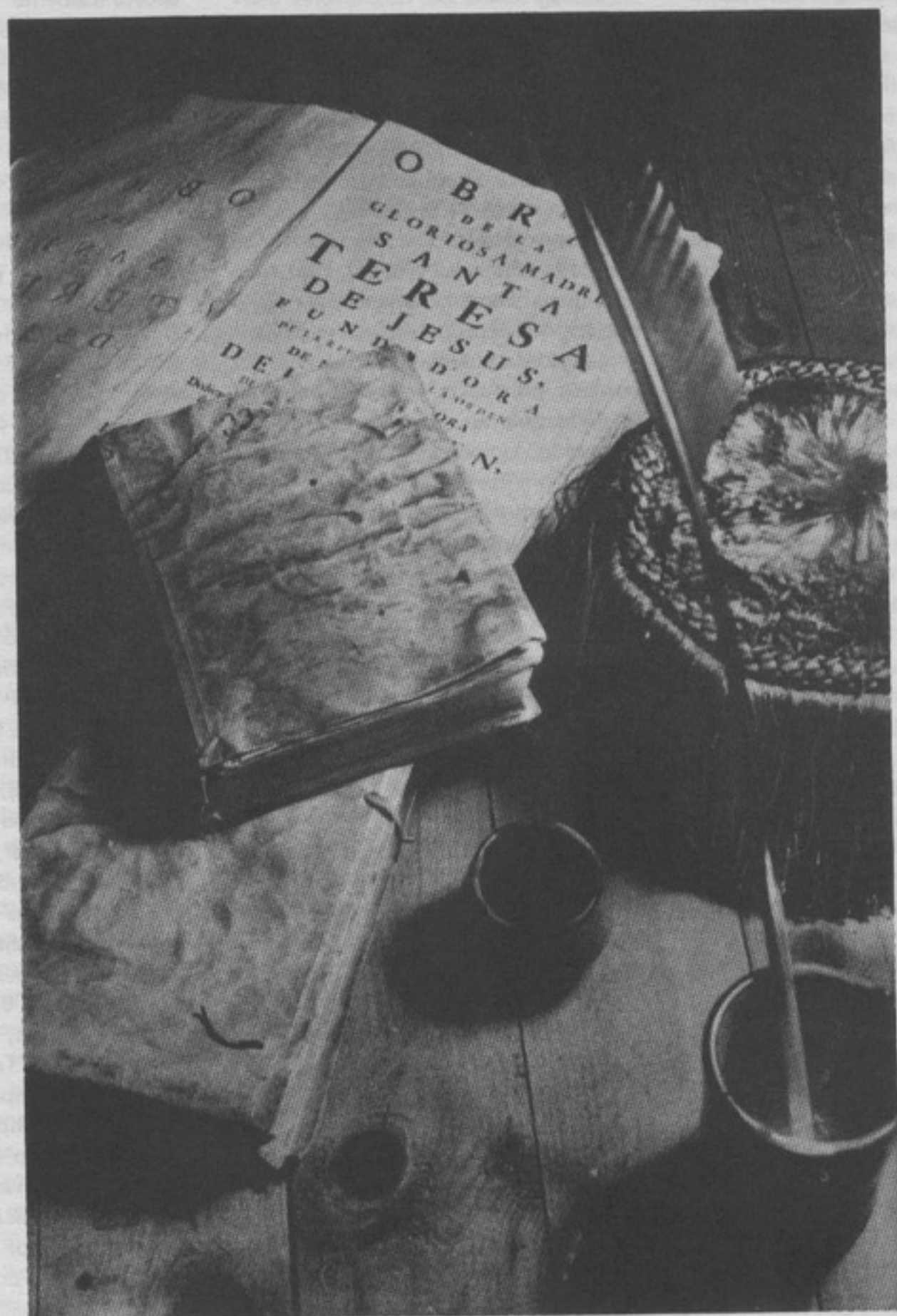
Esta conversación no será pues una conferencia ni siquiera una clase. En uno de mis viajes, en el Angélico de Roma, oí al docto Garrigou-Lagrange. Recuerdo uno de sus asertos y lo repito, puesto que la repetición es pedagógica. Cuando uno sabe poco y lo titulan profesor, presuntuosa e ilusoriamente procura mostrar más de lo que sabe; cuando ha madurado —si madura— enseña todo lo que cree que sabe; por último, si interviene la Gracia, cuando en verdad ya sabe su materia, por prudencia el tal profesor enseña entonces menos de lo que sabe. La quintaesencia del arte pedagógico consiste en transferir en cada caso lo que conocemos, pero sólo en discreta y proporcionada medida.

Con generosidad y criterio, la profesora Rectora ha acertado a indicarme los minutos amablemente indexados en los que puedo referirme al tema. El

título de la exposición a mi cargo es el de *Santa Teresa de Jesús y nuestros problemas actuales*. Esta aproximación temporal dista de suponer una ocasional apología con visos de paradoja. No se trata de memorar viejas nociones, sino de enfervorizarse en obsequio a esta fecha, día de la santa escritora, frente a motivos morales y literarios de interés no prescripto.

He aquí una mujer, en el mundo Teresa de Cepeda y Ahumada, en los altares y por descontado en el cielo, Santa Teresa de Jesús, pronto dispuesta, en sus días de la tierra, allá en el siglo XVI, para actualizar una lección que le venía de más lejos. Hay quienes saben y que dichosamente aprenden. Teresa de Jesús fue canonizada, años después, en 1622, al tiempo de otros dos grandes santos de España, la exaltada tierra a la que le debemos la religión y el idioma. En este mismo recinto porteño —parece milagro—, hoy cabe evocar como lección de conducta, la intrepidez de Teresa ante lo cotidiana-

FRANCISCO Y TERESA, TESTIGOS DE DIOS



no y lo trascendente, la tensa disciplina de San Ignacio de Loyola y la planetaria vocación misionera de San Francisco Javier.

A todos nos importa vivir atentos a la familia y al prójimo que nos está inmediato, esto es la patria, pero también es importante ese otro prójimo en sí que no es más distante aunque esté diseminado en las comarcas del ancho mundo.

Hay que aprender a "situarse", aunque en el fondo tal es la condición humana que en casi todos los tiempos se iguala. Estamos a cuatro siglos del año en que Teresa cumplió su vida, pero lo que pasó en su época aún nos incumbe por analogía de circunstancias. El mensaje de la santa guarda todavía la eficiencia salutífera que radica en la luminosa lozanía de su ejemplo. Teresa no fue escritora por ostentación; sí, por obediencia. Excepcional testimonio de un alma, su genialidad introspectiva cifra en sí, con profundo ahínco pero con alegría, todo el anhelo de eternidad connatural a la humanidad que cree.

Para beneficiarnos con la vigencia de la obra teresiana empecemos por "situar" a la propia santa en su contexto de tiempo y de espacio. Por obra de la munificencia divina, todo nace y todo se multiplica en alguna hora y en algún sitio. Reconocía Henri Bergson que si queremos adelantar rumbo al futuro nos conviene retroceder unos pasos hacia el pasado para apoyarnos en él y para beneficiarnos con un mayor impulso. ¡Quién puede calcular de modo preciso el confortante estímulo de los modelos excelsos!

Para verificarlo, no parece necesario mencionar los detalles biográficos y bibliográficos que acogen el manual de historia literaria o el diccionario enciclopédico manuable. Destaquemos, sí, este contraste aleccionante. ¿Cómo no ha de desconcertarnos y confortarnos al mismo tiempo, esta patética coincidencia de circunstancias tan opuestas? Teresa, casi desde temprano tullida o

cuanto menos mortificada por su mala salud y por toda suerte de oposiciones y persecuciones; Teresa, al propio tiempo, y luego de un desgarrador período de pruebas, mujer excepcionalmente agraciada por los favores divinos más altos.

Desde temprano, no sin titubeos, un llamado —precisamente el de su "vocación"— la orientó hacia lo que en uno de sus libros hubo de llamar *Camino de perfección*. Cuando todavía gravitaba la morisma y la herejía protestante que pujaba por señorearse sobre toda Europa, ella, la desvalida "monjuela", como cristiana, tuvo recia noción del pecado original y de sus prolongadas consecuencias, pero supo también, por suerte, que el ser humano es perfectible en ancha medida y que el mundo, siquiera en lo perentorio, puede bonificarse. Esto puede explicarse claramente: a pesar de haber nacido en pecado somos libres y lo que con buena voluntad inicia el esfuerzo, el favor divino gusta plenificarlo. Por eso, con firme sentido de lo real y de lo inmediato, Teresa, preclara y remontada idealista, estimó oportuno empezar por mejorarse ella misma, para después rectificar su contorno y estarle atenta a la mayor gloria de Dios. Allegada desde temprano al Carmelo, Teresa comprendió enseguida que esta orden, originada en el Líbano y antaño monitorea, estaba en ese entonces harto venida a menos y hasta olvidada de su saludable estrictez primera. Una reforma inmediata se imponía. Apenas Teresa sintióse segura de sí misma y de la particular ayuda que, sin ahorro de dificultades, Dios le dispensaba manifestamente, puso manos a la obra. Cumbre también él de la mística española y aun de la mística universal, un varón prodigioso, casi un taumaturgo, San Juan de la Cruz, la ayudó en el empeño. Otras almas elegidas la sostuvieron y la ayudaron. Mas la oposición fue recia, no pocas veces de solapada manera por parte de los carmelitas calzados, reacios al reajuste. En ese decisi-

vo momento de la historia no tardó en configurarse este providencial contraste: tempranamente solicitada para la contemplación y el retraimiento meditativo, acompañada de unos pocos apostólicamente selectos, aquella mujer se arroja a los fragosos caminos de la Península, y así se hace merecedora, por parte del mismo. Nuncio, del inquietante dictarlo de "fémmina inquieta y andariega". En buena hora. Para disponer de lugares capaces y dar resguardo a la grey de esas almas en sosegados recintos monásticos, era imprescindible fundarlos un poco en todas partes. ¿Con qué recursos? Ni que hablar de dinero, por principio y en principio inicialmente excluido; apenas con los socorros donde quiera indispensables para el sustento y el cotidiano decoro de la limpieza. Con sólo su esfuerzo —y la alta donación de la Gracia que a veces con sublime terquedad pareció complacerse en mostrarsele retraída— Teresa logró su cometido. Creó o consolidó apreciable número de conventos. La cuenta no queda clara, pero no le hace. Lo que importa es la destellante espiritualidad irradiada por esos conventos, desde luego en España, poco después en Europa y algo más tarde en todo el mundo.

Ese nuevo halo de espiritualidad no tardó en iluminar, como lumbrera guía, una conducta constructiva inequívoca. La fe es sin duda fundamental, como no dejó de reconocerlo el propio Lutero, pero la fe no basta. Urge la caridad, o dicho de otro modo, las obras. "Obras, quiere el Señor", insistirá Teresa. Tampoco basta con creer en Dios; importa amarlo, y todo acto de amor implica una actitud de entrega e incluso de sacrificio. Teresa volvió pues a hacer patente en qué medida Dios quiere ser amado sobre todo, en el amor con que debemos acercarnos a sus criaturas, de preferente manera a aquellas que como Él, en el misterioso trance de la Encarnación, conocieron, o han conocido, o conocen, la soledad y el despojo, la sangre,

el sudor y las lágrimas. Además de esta ayuda concreta, la oración es también un acto, y de ahí la necesidad de recintos unciosamente dedicados al rezo y al retraimiento meditativo y ascético. No para todos, claro; sí, para los mejor capacitados, fiables tesoreros de la comunión de los santos. Todo esto cumplido *teresianamente*, con modosa alegría; con una alegría espontánea y voluntariamente suscitada, por encima y a pesar de todo, porque está escrito que hemos nacido para la alegría. ¿Cómo puede ser esto, si según advierte la doctrina del pecado original, y según nos lo manifiesta la diaria evidencia, en más o en menos todos padecemos y a la postre morimos? Bien conocía Teresa que este vivir terrenal no es para los humanos estancia única, sino etapa de pasaje; bien sabía ella que aun mientras dura nuestra peregrinación en este "valle de lágrimas", esa alegría se hace posible en la medida del mal que superamos y sobre todo en la medida del bien que cumplimos. El anhelo de ascender súbitamente al paraíso la acució con frecuencia —"Que muero porque no muero"— repite en el conocido estribillo de una de sus letrillas; sin embargo, la realidad inmediata le procuraba satisfacción y recreo y las "obras", los trabajos que esa realidad le proponía le daban prenda segura, como hechos por amor a Dios, de no quedar defraudada. "La paciencia —otro de sus juiciosos estribillos— todo lo alcanza". Si somos libres, pensaba Teresa, debemos probarlo hasta el ápice de nuestras posibilidades y en última instancia, si sabemos qué es amor, la oración debe elevarse siempre, no para exclusivo beneficio nuestro y sí, y ante todo, para las necesidades materiales y sobre todo espirituales del prójimo. Queden para los aventajados, la penitencia y el sacrificio magno; para los demás, y no es poco, la caridad siquiera módica y el ascetismo sin énfasis. También, está dicho, que no nos desasista la paciencia, no la bobamente resignada, sí la intrépida. En

los trances al parecer desesperados, o realmente extremos, la entrega absoluta a la voluntad de Dios es lo que cuadra. Aquí vale recordar dos refranes del tiempo de Teresa: "Dios aprieta pero no ahoga"; "A dios rogando y con el mazo dando". O, dicho de una manera más llana: "Ayúdete y Dios te ayudará".

Al margen de los valores literarios de suyo tan subidos, en la hora actual del mundo, la contemporaneidad de la lección de Teresa surge patente, tal vez porque aunque escribió no fue una "literata". De momento, dejemos para los realmente agradados el acceso a los luminosos misterios de la experiencia mística. Esta experiencia no es para todos sino para aquellos a quienes Dios se la entreabre, como en celajes, antes del imprevisible pero seguro tránsito terreno. Para todos, en cambio, desde hace cuatro siglos, la lección de la monja castellana es entonadora; "santa para todas las horas" según acabo de nominarla en un difundido suplemento literario. Más allá de las diferencias de circunstancia y momento, como en aquel tiempo, ¿no recrudece ahora un tipo de desorden motivado por causas muy afines? Este provoca en casi todos los rincones del mundo, y en tantos pueblos y en el nuestro, la tremebunda crisis contemporánea: la desacralización de las creencias, la miseria angustiosa, las más diversas formas de la violencia, el odio desatado, la anarquía y la guerra. La lectura atenta, o siquiera esa difusa ejemplaridad que emana de los escritos de Santa Teresa pueden servir, todavía hoy, a los meros particulares inquietos, para zafarse un tanto de esta angustiosa dispersión moral y nacional y universal en que nos debatimos sin alborozo, sin complacencia y sin provecho.

Como otras veces —según quien ahora habla suele hacerlo en sus conversaciones con el público— cedamos la palabra a alguien mayormente autorizado para comunicar al auditorio lo que alentaba en mi intención, hacerles

llegar en estos párrafos. El texto a que me refiero se acredita en un poema de Louis Le Cardonnel titulado *A Santa Teresa de Jesús*. Los conocedores de la literatura francesa todavía reciente saben que Le Cardonnel nació en 1862 y murió en 1936. No extraña que este compatriota de otra flor del Carmelo, Santa Teresita del Niño Jesús de Lisieux, orientase su inquietud espiritual hacia la priora de Ávila. Como él mismo lo dijo, poco tardó en acordar la cítara del poeta con el ademán de bendecir, propio del sacerdote. A lo largo de su vida, Le Cardonnel fue escritor de acendrado y melodioso lirismo, pero luego de su juvenil etapa se hizo religioso: benedictino primero y franciscano después. Benedictino, por amor a los estudios humanistas y a la hermosa liturgia; franciscano, por amor a la pobreza y a la humildad, como el santo trovador de Asís, que aunque mortificado y ruidosamente estimatizado sintió, también él, como las estivales cigarras de la Umbría, la trémula vocación del canto.

Mi traducción castellana del poema aludido data de varios años, pero pienso que hoy vuelve a ser atendible. Lamento que el texto, entresacado a prisa en medio de empalidecidos papeles, parezca un boceto sin desvelado reajuste. Aun como borrador vale la pena transcribirlo pues en él transparece el cuadro de los años en que Teresa vivió en el solar paterno. El poeta de Francia alude a la vocación de la niña, y de la novicia; a las alternativas de la vocación, con sus dudas y sus fervores; al denuedo y al alcance de su reforma; mental, igualmente, a los colaboradores incondicionales, de singular manera a San Juan de la Cruz. Recuerda, además, las penas y los fervores de la religiosa elegida; por último, como favor extremo, exalta la compensación sublime, siquiera sea por aquello, tan popular y teresiano, de que "amor con amor se paga". El poema concluye con una breve oración impetratoria a la fundadora y a la mística:

A Santa Teresa de Jesús

I

En Avila, tan grata a la vieja castilla,
donde un ángel nació tu cuna bienamada,
yo te he visto crecer oh hija venturosa
de Alonso de Cepeda y de Beatriz de Ahumada.
Contados adalides de las antiguas gestas,
entraron por asalto en tu imaginación.
Los yelmos, los escudos, las murallas enhiestas,
todo te hablaba de honra en la añosa mansión.
Junto a ti corre el viento de armadura a armadura
plegados estandartes flotan en los confines,
y la sangre heredada de tu raza murmura,
en tu mente de niña, nombres de paladines.
Mas pronto, rechazando toda la gloria humana
y el orgullo mundano celado en el capuz,
tú que un día pudiste emular a Jimena,
Teresa, tú serás Teresa de Jesús.
Salvo la cruz y el huerto nada hay que ya te tienta,
y te verán, oh virgen, sufriendo tu pasión,
subir, con pies rasgados y ánimo penitente,
las más ásperas sierras de la alta perfección.
Dios, que te apartó joven del mundo y su premura,
ese Dios que anonada la carne y la soberbia,
te sumirá por tiempo en una noche oscura
que cruzará Satán cual lívida centella.
Ya no dará el Esposo sus ternuras con creces,
mas si el disfrute es dulce, merecer es mejor,
y así en el mucho halago y así en las arideces,
sufrirás como tierra sin agua y sin frescor.
Con su pesada capa te oprimirá el hastío,
desde el alba a la lenta hora crepuscular,
y serás semejante, oh Teresa, al racimo,
cuyos granos tritura tan cruelmente el lagar.
Cuando todo haya muerto en ti, y resignada,
digas: ¡Oh Señor Dios, haz que Tu voluntad
se cumpla y no la mía!, y, víctima sangrada,
tú sepas bendecirlo por tamaña crueldad,
El colmará tu nada con total plenitud.
En tu alma, de golpe, todo habrá florecido.
Tú sabrás el pregusto que da la beatitud,
frente ya a lo inefable entrevisto en un grito.

II

Torna a contar tu historia: angustias reservadas,
hoscó desierto helado, ardorosas visiones.
Abrenos el castillo de las siete Moradas,
después, Virgen intrépida, corre a tus Fundaciones.
Viril, presto haz que surgan vírgenes animosas,



atraídas tan solo por celestes anhelos;
y doquiera, al extremo de ciudades ruidosas,
asilos de silencio eleva tus Carmelos.
Nacida de tu sangre, que fluye en los cilicos,
bajo en cingulo agudo, aferrado a tus flancos,
encontrando sosiego en tantos sacrificios,
ya hay monjas que te siguen bajo sus mantos blancos;
como se acercaban a la Madre del Cielo
los Apóstoles todos, en grupo a ti allegado,
recojan también ellos el místico destello
que da tu corazón, ígneo y transverberado.
Marcharán, cual de Elías, impetuosas criaturas,
parecerán que vuelan hacia un alto destino
abrazados por santas y sublimes locuras
para ofrendarle el mundo al Amante divino.
Y franquearán los mares hacia orillas remotas,
creerán todo perdido si su dolor no es cierto,
Y por vivir con Dios en sitios soleados,
gustarán el maná en profundo desierto.

*Uno se elevará, doctor, alma exaltada,
al cielo, con impulso de soberana luz
Veó cual resplandece tras su carne extenuada,
y es el sublime amante de la sangrante Cruz.
Mas tú, Virgen discreta, que mezclaste serena
y con calma ardorosa éxtasis con acción,
ya no retengas más las alas que te llevan;
parte, el cielo te invita a su alta posesión.
Penetra en el abismo deslumbrante del Verbo,
desde su eternidad el Padre le reclama,
Teresa de Jesús, tu tesoro es inmenso,
arde con el espíritu en la Viviente Llama.*

III

*Mas puesto que en la tierra que nuestros pies recorren,
dolientes, vagabundos, polvorientos, cansados,
vemos como los días, los meses y los años
fluyen sin apartarnos de tantos sueños vanos;
puesto que avergonzados de sentirnos esclavos,
y de arriesgar el cielo, Madre, por poca cosa,
quisiéramos quebrar vínculos tan aciagos,
y con paso muy firme ir hacia el Dios de gloria.
¡Puesto que es necesario antes que la gran sombra
nos cubra, lo encontremos ya libres de retenes,
y no aflijamos más a la excelsa Paloma
cuyo dulce reclamo nos solicita siempre,
ayúdanos, Teresa, a seguir sin alardes
las tareas diarias que aun debemos cumplir,
a nosotros cristianos endeble y cobardes,
hombres que no morimos por no poder morir!*

Concluidos tales versos, debemos callarnos. Tan luego como hablan los poetas justo es que en esta hora del ruido y del estrépito universales, de la barahúnda como hubiera precisado la santa abulense, también los profesores sepamos acogernos, a ratos, a la tere-siana virtud del silencio.

"La Universidad del Salvador quiere reconocer en un día como el de hoy, día en que recordamos a esta Santa que siempre nos alienta y nos ejemplifica, a quien nos enseñó, durante tantos años, a aprender a comprenderla; aunque es cierto que aún no hemos llegado a un conocimiento pleno de su luminosa personalidad, porque, como lo reiteró hoy, es necesario asumir con Amor hasta las cosas más pequeñas —aún las muy pequeñas— que Dios nos pide.

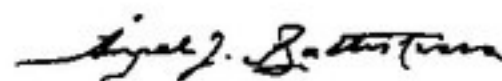
Esta Universidad de Jesucristo, a quien Teresa conoció tan bien, quiere hoy testimoniar, añadiendo los ya muchos títulos, grados y honores que él con humildad y amor a Jesucristo siempre ha recibido, la síntesis perso-

nal de fe y cultura que, durante todos estos años, el Dr. Battistessa ha sabido realizar.

Es por esto, que la Universidad del Salvador quiere otorgar al Dr. Prof. Battistessa, para muchos de los que estamos acá "querido maestro" —yo así lo reconozco—, y sus alumnos, porque son los alumnos los que dan los títulos de maestro, el grado de Profesor Honorario, sintiéndonos muy honrados de que así sea, hoy, en el día de nuestra Madre Teresa".

El Dr. Battistessa agradeció con breves pero emotivas palabras la distinción:

"Gracias debe ser siempre la palabra final. Los festejos de mis ochenta años, grato percance cronológico, y de mis sesenta años de profesor universitario empezaron con una misa concelebrada. Los tres concelebrantes, ya altos preladados, fueron alumnos míos. Ahora, en esta Universidad del Salvador, recibo el título de Profesor Honorario, porque ayer no más fue mi alumna y ahora es mi rectora".



Profesor Dr. Angel José Battistessa

Escritor, crítico literario y comentarista de arte. Filólogo. Bibliófilo. Catedrático universitario. Académico.

Cargos directivos y docentes

Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica Argentina, fundador de su Facultad de Letras; Director del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas de la Universidad de Buenos Aires; Director fundador del Instituto de Literatura Española.

Director del Instituto del Idioma de la Fundación "Pedro de Mendoza".

Profesor de Literatura Española de la Fa-

Finalizada la Conferencia, la Rectora de la Universidad, Profesora María Mercedes Terrén, otorgó al Dr. Miguel Angel Battistessa el título de *Profesor Honorario de la Universidad del Salvador*. Con estas palabras finales, agradeció la presencia del ilustre visitante:

cultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; Profesor de Filología en la misma Casa de Estudios; Profesor de Lengua y Literatura Española e Hispanoamericana en el Colegio Nacional Buenos Aires; de Gramática Superior y Estilística en el Instituto Superior del Profesorado; de Historia del Teatro en la Escuela Nacional de Arte Escénico; de Francés, en el Instituto Libre de Segunda Enseñanza; de Comentario de Textos en el Instituto Superior de Estudios Italianos.

Titular de la cátedra "Lectura Dantis", en la Asociación Dante Alighieri. Profesor de Traducción literaria y examinador en el Instituto Superior de Estudios Franceses y en el Instituto Superior de Cultura Inglesa.

Profesor de Literatura Española y Comentario de Textos en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario; de Literatura Medieval y Septentrional en la Universidad Nacional del Sur.

Profesor de Introducción a la Literatura y de Literatura Española y Medieval en la Facultad de Letras de la Universidad Católica Argentina; de Literatura Española Medieval, Española del Siglo de Oro y de Literatura Francesa en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata.

Profesor Emérito de la Facultad de Filo-

sófía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; de la Universidad Católica Argentina y de la Universidad de La Plata. Profesor Honorario de la Universidad del Salvador; de la Universidad Nacional de San Juan, etc. Doctor Honoris Causa de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional de La Plata.

Publicaciones

- La biblioteca de un jurista del siglo XV. (Madrid, 1925).
- Biblia Medieval Romanesca. (Bs. As. 1927).
- Canciones de Juan de la Encina. Texto, estudio crítico y anotación musical. (Bs. As. 1941).
- La canción de Roldán. Versión compendiada con notas. (Bs. As. 1942).
- Poetas y prosistas españoles. (Bs. As. 1943).
- Paul Claudel, La anunciación a María. Traducción y estudio. (Bs. As. 1944).
- Rainer María Rilke, El canto de amor y muerte. Versión y estudio estilístico. (Bs. As. 1944).
- Imágenes del teatro en Francia. (Bs. As. 1946).
- Paul Claudel, Juana de Arco en la hoguera. Versión y estudio. (Bs. As. 1948).

- Rainer María Rilke, Itinerario y estilo. (Bs. As. 1950).
- La flauta de Jade. Traducción y estudio. (Bs. As. 1951).
- Paul Claudel, Partición de mediodía. Versión y estudio. (Bs. As. 1951).
- Martín Fierro. Edición crítica. (Bs. As. 1958).
- Esteban Echeverría, La Cautiva, El Metadaro. Fijación de los textos, prólogo, notas, apéndice documental e iconográfico. (Bs. As. 1958).
- José Hernández en Historia de la Literatura Argentina. (Bs. As. 1959).
- El corneta. (Bs. As. 1964).
- El poeta en sus poemas. (Bs. As. 1965).
- El prosista en su prosa. (Bs. As. 1969).
- Ofir con los ojos, Shakespeare en alguno de sus textos. (Universidad de La Plata, 1969).
- Un Omar Khayyam del siglo XX. (Roma, 1969).
- Dante Alighieri, La Divina Comedia. Traducción en verso, prólogo y notas. (Bs. As. 1972).
- La narrativa argentina en los textos. Han aparecido tres tomos. (Bs. As. 1980). Preparados para la impresión de los volúmenes siguientes.
- Rubén Darío: "Yo soy aquel...". (Bs. As. 1982).

LOS LIBROS DE LA MADRE TERESA DE JESUS fundadora de los monesterios de monjas y frailes Carme- litas descalços de la pri- mera regla.

*En la hoja que se sigue se dicen los li-
bros que son.*



EN SALAMANCA.
Por Guillermo Foquel.

M. D. LXXXVII.